

Ernesto Sábato: símbolo de autoridad moral

MÓNICA MOLINA

Una vida es un tono. Un hombre no es grande únicamente por lo que piensa, o sólo por lo que hace; sino por lo que logra hacer con lo que piensa. Así, su existencia se manifestará con ese tono: dudas, búsquedas, obsesiones, etcétera nos irán dibujando su carácter moral y sensible.

Un lúcido escepticismo hizo pensar a Schopenhauer, refiriéndose a la irrealdad de toda felicidad en este mundo, que el hombre no puede aspirar a una vida feliz; a lo que puede aspirar es a una vida heroica.

Las palabras de Ernesto Sábato tienen algo de heroísmo. Por supuesto, el heroísmo

bien entendido; el heroísmo del derrotado, como él mismo se definió en *Antes del fin*, libro que salió a la luz más que como una forma de hacer literatura, como el valioso testimonio de uno de los escritores vivos más importantes de Argentina y América Latina.

El libro tiene un tono dramático y fatalista, característicos en Sábato. Es, ni más ni menos, una especie de despedida al mundo: "cuánto más puede esperar vivir un hombre de 86 años", decía su autor.

Un año después, y casi veinte de haber abandonado la literatura, Sábato publi-

ca *La resistencia* (que apareció en México a mediados de julio de este año editada por Seix Barral), una obra epistolar formada por cinco cartas y un epílogo, en el cual reflexiona acerca de los valores perdidos, la globalización, la insensibilidad del hombre moderno, etcétera y que constituye un mensaje esperanzado ante el individualismo y la pobreza existencial por la que atravesamos en estos tiempos. Este hecho nos permite, además de apreciar los valores literarios de la obra —que no se hará en este caso—, reflexionar acerca de su autor.

La gran literatura de Ernesto Sábato ya está hecha. *El túnel* y *Sobre héroes y tumbas* —sus dos principales ficciones—, así como gran parte de sus ensayos, logran sintetizar al hombre Sábato y constituyen ese enigmático prisma que es toda gran obra. *La resistencia* vendría a ser algo así como un plagio a sí mismo. Un necesario y bien recibido plagio. Sábato, como todo ser honesto y agudo, sólo puede hablar de unas cuantas cosas y casi siempre lo hace

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

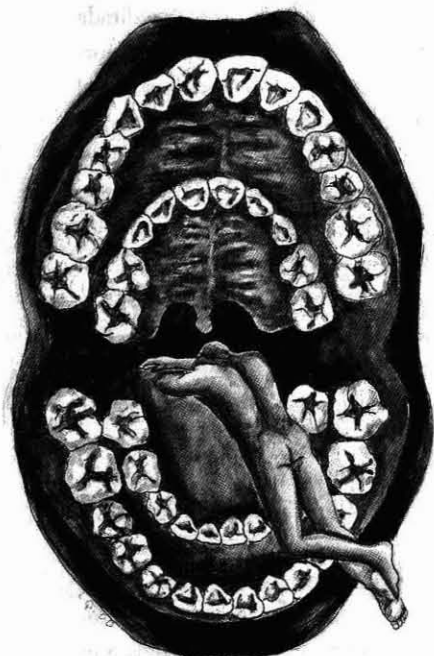
Agosto 2000

Núm. 595

◆ Ilustra: Carlos Márquez

- ◆ De la Garza: Simbolismo de los loros en Mesoamérica
- ◆ Emerich: Perfumes y posmodernidad ◆ Ziccardi: La participación ciudadana en el Distrito Federal ◆ Poemas de López, Pozas Horcasitas y Quirarte
- ◆ Sánchez Gómez: Migrantes mexicanos en California
- ◆ Meave y Luis Martínez: La biogeografía, disciplina integradora

Los Ángeles 1932, núm 11, colonia Olímpica, C. P. 04710, Delegación Coyoacán, México, D. F.
Llame al número 56 06 69 36 o envíe un fax al 56 66 37 49 y acudiremos a tomar su suscripción dentro del D. F.



Laura Quintanilla

del mismo modo. Sus obsesiones pueden tomar forma de novela, carta o ensayo, pero son siempre las mismas: el arte, la miseria humana, la verdadera literatura, el absoluto, la ciencia, etcétera. En apariencia, los temas son muchos, pero el punto del que parten se revela como una materia y un material único e inasible: la imposibilidad del ser; transformando aquel material inasible en el hombre concreto, con todas sus miserias y grandezas.

La aceptación que tiene cada nuevo libro de Sábato demuestra que su literatura—su nueva literatura—ya no importa. Importan sus palabras. La resistencia es un pretexto de Sábato para hablar y un pretexto de sus lectores para escucharlo una vez más. Detrás de aquella resistencia no hay simples lectores, sino desesperados seguidores de una autoridad moral, siendo esto un difícil hallazgo entre nuestros contemporáneos.

Hace algunos años, un diario argentino hablaba acerca del modelo de autoridad moral que Ernesto Sábato representaba para los argentinos, frente a otros posibles modelos como María Elena Walsh—otra destacada escritora argentina—o diferentes personalidades (compositores, intelectuales, periodistas, etcétera) ligadas a

la defensa de los derechos humanos en aquel país.

Al respecto, el sociólogo argentino Heriberto Muraro admite que “en general la gente asocia la autoridad moral con el prestigio fuera de la política, gente sin fortuna y que ha realizado algún tipo de manifestación pública de acuerdo a los intereses de la comunidad; son los que podríamos llamar ‘los buenos sabios pobres’”.

La actividad pública—y política—más evidente, fuera de la literatura, la realizó el escritor, durante el gobierno de Raúl Alfonsín, cuando se le pidió un informe acerca de los “desaparecidos” durante la dictadura militar de la década de los setentas (y que constituye una lamentable y negra etapa de la historia argentina). El informe fue publicado tiempo después con el título de *Nunca más*.

Fuera de ello, a través del arte, actividad tan invisible e íntima, la imagen de Ernesto Sábato se ha intensificado, no sólo entre los argentinos sino en el ánimo de cualquier lector del mundo, como la de “ese sabio pobre” cuyo trágico carisma significa para muchos una suerte de salvación moral.

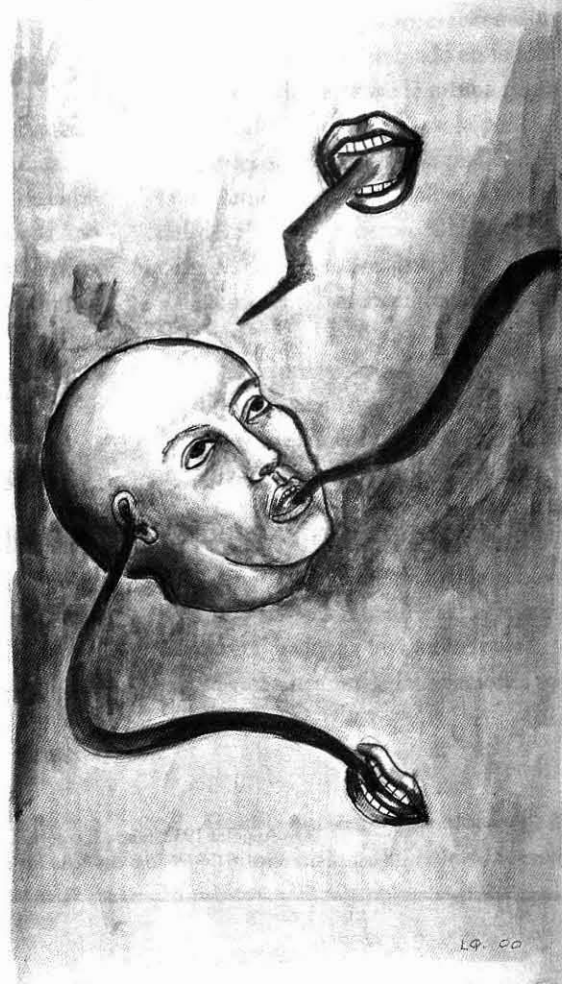
Muestra de ello es la concurrencia de numerosos jóvenes cada vez que en un café de Buenos Aires se anuncia que allí estará el autor de *El túnel* para platicar con ellos; o la rapidez con que se agotan las ediciones de sus libros—no siendo un autor estrictamente comercial—; o la cantidad de cartas que recibe de muchachos que se sienten al borde del abismo, no sólo de Argentina sino del mundo entero. En su anterior libro dice: “me hablan de sus tristezas, de sus ganas de morir. A ellos dedico mis obras, a esos muchachos y chicas desorientados, que se acercan en ocasiones tímidamente, y en otras, como los que buscan una tabla en el mar después del naufragio. Porque creo que tan sólo

eso puedo ofrecerles: precarios restos de maderas”.

Sábato da la sensación de esa vida heroica a la que hace referencia Schopenhauer. Es el heroico fracasado que oscila entre la desesperación y la esperanza. Aquellos “precarios restos de maderas” es el mismo Sábato que hoy dice a sus lectores: “en la resistencia habita la esperanza. La esperanza es insensata. Por algo hay multitudes de seres humanos que trabajan y siguen a la espera como centinelas”.

Ni en sus ideas amargas ni en sus palabras alentadoras hallamos a un impostor. Sus contradicciones tienen más de insensatez que de incoherencia; esa misma insensatez de la que está hecha la esperanza.

La resistencia no es más que el espejo de un carismático ser que se erige como símbolo de autoridad moral y, a la vez, de un niño trágico que a los 88 años, al finalizar una entrevista, mientras avanza con el entrevistador por el jardín de su antigua casa dice: “el crepúsculo, qué misterio”. ♦



Laura Quintanilla